

que los dos eminentes profesores resumen de una manera precisa el actual momento de esta ciencia en la que tantos trabajan y tantos problemas se agitan, buscando una solución.

### UNIDAD Y ORGANIZACIÓN DE LA CIENCIA. (1)

No constituimos un Congreso de psicología. Formamos solo una Sección de la organización más vasta, del Congreso Científico Internacional. Pero es la primera vez que, en este país de tan varia actividad, un grupo de hombres, consagrados unos á las investigaciones más directas y circunscriptas de la psicología, ocupados otros en estudios colindantes, y algunos más todavía, en espera de conclusiones precisas para aplicaciones en la organización política y social, tenemos ocasión de manifestarnos, recíprocamente, sentimientos amistosos, estrecharnos la mano y darnos palabra de asistencia mutua y de cordialidad sincera, en los fines generosos que nos mueven.

Tan amplia denominación como la del Congreso á que asistimos, nos recuerda que la ciencia es común para los pueblos que alcanzan los beneficios de la civilización en la cual somos partícipes. Así como las naciones se estrechan cada día en la corriente de un destino común, hasta crear en espíritus razonadores, demasiado razonadores, cierta noción de humanidad que suscita conflictos á la de patria, así también la proximidad en que se hallan, unas con otras, las ciencias particulares, induce en el concepto de *ciencia*, dispuesto á borrar los límites de aquéllas, y mostrar la ilusión de los recintos aislados con exclusivo método en la conquista de lo desconocido. Si es fácil concebir la conciliación de la humanidad y de la patria, como se concibe y se ama la familia en conciliación con esta última, es también fácil advertir que sea posible la unidad orgánica de la ciencia, con la vida de las ciencias particulares, de modo que aquélla se encuentre en cada una de éstas, y todas constituyan la unidad indivisible del saber. Más aún; así como la satisfacción de supremas aspiraciones de la vida sólo alcanza á realizarse en la familia, y ésta es inseparable de la sociedad, ó así como los progresos de los pueblos parecen mayores cuanto mayores son los vínculos de unión con los demás pueblos, así también puede verse cuánto se agranda el horizonte visual de la mente cuando las paredes del estrecho particularismo caen, y permiten ver la continuidad del terreno más próximo con el que se aleja y se aleja más cada vez.

No es esta, señores, una vana disertación con abstracciones ó juego de palabras, que sería irrespetuosa en la grata solemnidad de este acto. Se trata de algo que puede siempre constituir serias

(1) Discurso del doctor Rodolfo Rivarola al inaugurar el Congreso sus sesiones.

meditaciones de un hombre de ciencia, en cualquiera especialidad en que se aplique, y tal vez, más que en otra cualquiera, en esta de la psicología, por ser de propio objeto y definición la más humana de todas, la de nuestra propia vida consciente.

La atención particularmente aplicada á la circunscripta observación de algunos fenómenos psíquicos, precedió, sin duda, á la teorización de una ciencia de la psicología, como independiente de toda otra, y como todas las otras, independiente de la filosofía. El documento más decisivo, podría llamarle más célebre, de esta teoría, es la admirable y ya clásica *Introducción* que puso Ribot en su *Psychologie anglaise contemporaine*. Se diría que este trabajo ha influido por más de treinta y cinco años, é influye aún, en todos los espíritus, para determinar, consciente é inconscientemente, las mayores reservas respecto de todo lo que se llame filosofía ó metafísica, como si una *ley social* debiera desterrar de las pacíficas regiones del espíritu á tales anarquistas, irreductibles á la vida normal de la gente culta.

La filosofía tenía algún valor, aún en la corriente destinada á excluirla de toda conciliación científica. Comte mantuvo la palabra en su *Filosofía positiva*, y las traducciones aisladas de las obras de Spencer, nos han hecho olvidar que fueron concebidas como parte de un todo llamado «Un sistema de filosofía», y que los «Primeros principios» fueron por subtítulo y materia y definición, la «Filosofía general», como el ser completamente organizado.

Nadie discute hoy la utilidad de la reacción teorizada por Ribot. Nadie puede sostener que la psicología habría progresado sin salir de las estrechas concepciones de Jouffroy y Maine de Biran, cuando el primero la definió como «la parte de la filosofía que tiene por objeto el conocimiento del alma y de sus facultades *por el solo medio de la conciencia*», y uno y otro, creían llegar, ó llegaban por ejercicio asiduo, á tomar posesión del conocimiento inmediato del alma por el alma misma. La dialéctica de Ribot fué eficaz, como todo lo que no se contenta con destruir, sino que presenta también el programa de lo que se debe crear. El programa quedó claramente indicado: «en todo orden de conocimientos, dijo, cuando es bastante grande el número de los hechos y observaciones acumuladas, se produce, por la naturaleza misma de las cosas, la tendencia á la autonomía. La nueva ciencia, dejando á la metafísica el cuidado de discutir sus primeros principios, se constituye sobre bases propias, de suficiente solidez para su fin, aunque frecuentemente ruinosa para quien las examine como filósofo. En una palabra, estudio constante de los hechos y separación de la metafísica: tales son las condiciones de la independencia». He aquí una de las proposiciones que hayan gozado de mayor favor, y adquirido, por cierto tiempo á lo menos, tal autoridad de axioma, que no fuera mayor si del credo de una religión nueva se tratara. La antítesis entre ciencia y filosofía, y el horror á la metafísica, adquirieron tal consentimiento social que nadie osó llamarse filósofo, y hubo metafísicos vergonzantes que no se atrevieron á confesar en público la práctica de oficio tan humilde.

Ha habido y hay en todo ello un error que tiene origen, más que en defectos de observación ó en vicios de lenguaje, en la naturaleza de cosas que cambian de aspecto en el tiempo en que se las contempla. Si bien las nubes admiten una cierta clasificación, fuera loca pretensión dar á cada nube un nombre según el contorno que ofreciera y vano empeño el de guardar el nombre para una sola forma. La definición que de la psicología dió Jouffroy y la que daríamos nosotros, serían tan opuestas en enunciación de método y objeto, que apenas admitiríamos que con la misma palabra se nombrara la ciencia del alma y la que niega el alma. En la historia de las ideas filosóficas, si pusieramos en fila á los demoleedores de la metafísica, nadie podría disputar á Kant un esfuerzo mayor y más decisivo. En el Prefacio de los «Prolegómenos á toda metafísica futura», declaró su propósito de persuadir á todos los que se ocuparan seriamente de metafísica, que era indispensable suspendieran su trabajo, y consideraran todo lo hecho antes como si nunca hubiera sucedido, y se propusieran la cuestión previa de saber si era siquiera posible que existiera algo parecido á lo que se llama la metafísica. Pero, así como con la psicología, ocurre que lo que ha cambiado fundamentalmente ha sido el método, y del cambio de método se han derivado los cambios de conceptos, otro tanto ocurre con la metafísica. Si la experiencia es á la vez objeto y método de las ciencias particulares, podrá siempre ser ella misma objeto y método de la metafísica, sino que en vez de partir de esta última y descender por escala deductiva hasta la explicación de los fenómenos, como tal vez se hacía, se recorre la vía inversa, y la inducción que se legitima con la observación de los hechos, se legitima también como inducción de segundo grado, que en vez de partir de los hechos inmediatos, parte de las inducciones ya establecidas. Materia de experiencia existe aún, lo que llamo *ultra experiencia*, porque si esta misma fuera una función mental superior, no se comprende por qué quedaría tal fenómeno excluido de toda observación y desterrado del mundo de la psiquis en que nace, vive y muere. No se comprende por qué la psicología que toma tanto interés en las manifestaciones del niño y del idiota, que generaliza sobre las sensaciones y percepciones en estado normal ó anormal, que sigue los procesos elementales de la ideación y la génesis de las ideas abstractas, no se comprende, digo, por qué no tomaría como *hecho* de seria observación el fenómeno mental del razonamiento filosófico y se haría la psicología del metafísico, como se hará á su turno la psicología del psicólogo. Si la comodidad del lenguaje nos lleva á objetivar la ciencia, y la necesidad de transmitirla obliga á escribir libros, no olvidemos por esto que no hay metafísica, ni filosofía, ni psicología, ni ciencia alguna fuera del cerebro de quienes la pensarán, y que el fenómeno cerebral continúa siendo fenómeno cuando se trata de la conciencia ínfima de la percepción y cuando disputa al psicólogo, al lógico ó al metafísico, el derecho de llamarse poseedores del criterio exclusivo de la verdad.

A todas estas consideraciones me ha traído, con abuso de la

benevolencia de Vds., mi observación sobre la influencia de Ribot en la dirección particularista de la psicología independiente. Pero es justo observar también, que la estrictez de la regla comenzó hace tiempo á declinar, y continúa declinando. Y adviértase que hablo solo de la estrechez del sentido particularista, y no de un regreso á la metafísica con abandono de los otros métodos, y de los estudios especiales que deben ser cada vez más intensos y circunscriptos.

Fué en esta misma aula, ya para algunos de nosotros tan querida, que una palabra fácil, con la elocuencia del convencimiento profundo y del saber meditado, llamó la atención del público estudioso años ha, sobre las entonces recientes direcciones de la ciencia: hablo, señores, del dignísimo Presidente de nuestra Sección, doctor Horacio G. Piñero. En una de las pocas conferencias que la versión taquigráfica ha salvado del derroche de pensamiento y exposición de cada día, el doctor Piñero que seguía como todos nosotros y como el que habla, la corriente particularista hizo notar, sin embargo, que desde el tercer Congreso de Psicología, reunido en Munich, en 1896, se ensanchó notablemente el campo de los estudios psicológicos, proclamando la resolución de *no excluir nada de todo aquello que pudiera instruir al psicólogo, cualquiera que fuera el origen y el método empleado*. Tal vez sea esta dirección perfectamente liberal y amplia, el más grande beneficio que hasta ahora deba la psicología á las periódicas reuniones de congresos. El cuarto Congreso, reunido en París, en 1900, bajo la presidencia de Ribot, se mantuvo principalmente en la dirección de la psicología-fisiológica. Del quinto reunido en Roma en 1905 bajo la presidencia de Sergi, ha quedado en el ambiente, algo como la impresión de una batalla indecisa entre una dirección filosófica y una estrictamente experimental, después de la cual los dos partidos se atribuyeron la victoria.

Hay que dejar de lado las disputas apasionadas en asuntos que requieren tan serena reflexión. Parece que ellas continuaron después del Congreso, y principalmente sobre el problema de la conciencia expuesto por James. Pero allí también, entre los documentos del Congreso, se encuentra la conferencia presentada y no leída de Charles Richet, sobre el porvenir de la psicología, admirable balance con estimación precisa de los conocimientos adquiridos por la psicología y del pasivo enorme de lo que queda aún por averiguar. Nada podría agregarse á una expresión tan sincera como aquella, de un hombre que tanto ha observado y pensado sobre esta ciencia.

En el Congreso de Ginebra de 1909, último hasta hoy de los que nos han precedido, el tema de la *psicología de la religión*, parece abrir el camino hacia la *psicología de la metafísica* y la *psicología del psicólogo*, que he dicho hace un momento. Así como, según el relator del tema, Harald Höffding, «la psicología de la religión forma parte de la psicología general, y su objeto es la religión considerada como una forma y dirección particular de la vida psíquica», se admitirá que cada una de las direcciones de la actividad

humana, tiene igual derecho á un estudio particular, como pieza del engranaje de la ciencia.

La vía que desde este punto de mi razonamiento diviso, es demasiado larga para que me atreva á recorrerla. Antes de terminar, quiero indicar un hecho, tal vez de poco momento, pero que puede acentuarse como dirección de un nuevo criterio en los estudios que son materia de esta Sección. Me refiero á la denominación en plural, de *Ciencias psicológicas*. Se creería que el particularismo independiente se ha acentuado con la florescencia de nuevas organizaciones parciales del saber. En ello puede verse, en cambio, la infinita variedad de facetas que ofrece la contemplación del todo. El todo es orgánico y subsiste aunque sus divisiones internas se llamen: Subsecciones de psicología experimental, anatomía y fisiología del sistema nervioso y psico-física; de psicología infantil, comparativa, pedagógica, antropométrica y psicología didáctica; de historia de la filosofía y metapsíquica; de psicología aplicada á las ciencias jurídicas, criminal, legal, etc.; de psicología aplicada á la psiquiatría; psicología mórbida, psicología social, de las religiones, etc. No importa que la lógica, la ética y la metafísica no estén nombradas, que ellas se encargarán por sí solas de presentarse al fisiólogo, al pedagogo ó al jurista ó al sociólogo.

No se trata por cierto en este cuadro, de una nueva clasificación de las ciencias, aplicadas á la psicología. Todas las clasificaciones de este género son meros entretenimientos de dudosa utilidad, ante la complejidad de cualquier problema práctico que reclame su aplicación. La clasificación aparece, sin embargo, igualmente ordena así por el objeto especial de cada estudio, como por la personal consagración de los miembros componentes de cada sección. Los nombres que debería citar aquí son muchos y si tuviera que decir las obras y la acción de cada uno, equivaldría á dar ahora comienzo á mi discurso. Cada uno de tan distinguidos miembros de las subsecciones, sabe con qué frecuencia los problemas de su especial estudio, exigen factores de solución que se hallan en las secciones inmediatas, y aquellos que se ocupan en afirmar los mejores cimientos de la anatomía y fisiología del sistema nervioso, se verían en la necesidad de acudir á otras ciencias, fuera de nuestra sección, en demanda de soluciones previas.

Si fuera posible sintetizar en pocas palabras esta corriente del pensamiento científico-filosófico que así comprende sin soluciones de continuidad, la serie interminable de fenómenos, podríamos hacerlo con una imagen: la humanidad está encerrada en un recinto sin salidas ni aberturas, pero le ha sido dada la conciencia clara y perfecta, de algo que está afuera de los muros del recinto, y el aguijón de la curiosidad infatigable. El interior es la *experiencia*. Antes, ahora y siempre, el problema es lo que queda afuera. El método antiguo para resolverlo era simplemente el de adivinar, por intuiciones inmediatas, la realidad exterior. Fatigada por la inutilidad del esfuerzo, la mente aceptó la filosofía de la resignación, y el consuelo de ocuparse del interior del recinto y no pensar más en lo exterior.

Pero el consejo de no pensar, se da más fácilmente que no se observa. Y he aquí que cada uno se siente poco á poco llevado á explorar con los métodos de la experiencia un punto de la muralla, y escarba hasta que descubre el radium, ó la vida en el ultramicroscopio ó la trayectoria enorme del cometa, ó la organización anatómica é histológica del cerebro, y continúa el muro privándole ver la relación entre la materia del radium y su energía, entre el espacio y la vida ó el movimiento, entre el pensamiento y el cerebro.

Niéguese cuanto se quiera la filosofía ó la metafísica, que ellas reaparecerán en el laboratorio del químico, en el campo del microscopio y del ultramicroscopio; en los cálculos del astrónomo, y en la experimentación del psicólogo. Convenzémosnos. Lo que la humanidad ha abandonado no es la filosofía ni la metafísica, que ponen los problemas, sino el método de adivinación.

La utilidad irremplazable del método positivo, experimental, científico, particularista, que no debe jamás abandonarse, se explica por la regla económica de la división del trabajo; y la humanidad le debe ya tantos beneficios que en su honor debería resonar el aplauso colosal de centenares de millones de palmas. El error de interpretación, más que de otra cosa, está en afirmar la independencia de las ciencias, concepto que parece derivado del individualismo en política, en lugar de reconocer la *interdependencia* científica en su mayor amplitud.

La división del trabajo y la *interdependencia* de todo pensamiento, constituyen la unidad orgánica del saber, y afirman la solidaridad impuesta á todos por el destino común en presencia de lo desconocido. Podemos agregar, con los términos de la fórmula spenceriana, que se observa en el primer período de la ciencia, la homogeneidad indefinida incoherente; en el período de la formación de ciencias particulares que termina con la individualización de la psicología, se ha realizado la heterogeneidad definida, transitoria hacia la *coherencia*, que se completará en el período que comienza. Algún resultado práctico puede dar este criterio, y aunque apenas me animo á enunciarlo, algo se comprenderá si digo que sería utilísimo para cada ciencia, fijar cuáles son los datos que necesita de otras, para que ellos puedan sugerir la actividad de los respectivos especialistas. Tomaré el ejemplo de la pedagogía que necesita datos precisos de la psicología infantil; pero como ella misma tiene una finalidad que se determina por el destino de la educación, necesita de la ética, de la sociología, de la política, de cualquiera ciencia que se ocupe del hombre en la actividad social, los rumbos indicativos de su propia acción. Conozco la superioridad individual de pedagogos, — que no nombro porque son demasiado conocidos, — que por sí mismos se hacen antropólogos y psicólogos, para encontrar los fundamentos de su propia ciencia, como otros se convierten en sociólogos para encontrar los fines de la educación é inferir de ellos los medios de alcanzarlos; pero no conozco ningún trabajo metódico, individual ó colectivo, por el cual, en pedagogía se haya comenzado por demandar á las ciencias éticas, la determi-

nación de los fines de la educación, cuestión previa á la de saber por cuales medios se llegará al fin propuesto. La elección de los medios determinará á su vez la inducción de los antecedentes que la psicología, como tantas otras ciencias, deberán suministrar á la pedagogía. Algo va de que los fines y los medios sean como adivinados por el pedagogo, hasta la mejor organización en la cual la pedagogía realizará el trabajo de sintetizar los elementos de análisis que le proporcionen las ciencias que le anteceden y suceden en la posición en que se encuentra. No es indiferente para la educación que el fin del Estado indique una tendencia guerrera ó una pacífica, industrial ó religiosa, social ó humanitaria, ó diversas tendencias desigualmente proporcionadas. Hasta hoy educamos sin saber claramente si tenemos que preparar guerreros ó agricultores, místicos ó rebeldes, individualistas ó socialistas. Preferimos la educación liberal á la sectaria, y deseamos que el Estado continúe la primera. Pero en la organización de la ciencia no se trata de saber si el temperamento de un ministro es sectario ó liberal, sino, si científicamente debemos aspirar á la superioridad nacional que suprimirá muchas supuestas libertades individuales, ó á la independencia individual que podrá poner en peligro la seguridad nacional. He tomado á la pedagogía como un ejemplo aplicable á todas y cada una de las ciencias, porque la sola enunciación de un caso muestra su aplicabilidad á los demás. La organización científica que anuncio se impondrá por los hechos. A ella corresponderá la mayor conciencia del destino ético del saber para el bien de la humanidad. Perseveremos en nuestros estudios, parciales ó generales, de análisis ó síntesis, con el placer de la verdad que, psicólogos ó filósofos, somos hombres con emociones y gustamos lo bueno y lo bello.

En nombre de todos, como si del corazón y del pensamiento de cada uno, tomara el sentimiento de más exquisita cordialidad, yo saludo en cada miembro de esta sección al compañero afectuoso de los demás; y en nombre de todos los argentinos que aquí estamos, rindo el más cumplido homenaje á los ilustres y sabios cultores extranjeros de la ciencia común, que con su presencia traen estímulos y obligan nuestra simpatía.

La unión de los hombres de buena voluntad es más que en cualquier otro campo, fácil y duradera en el de la ciencia. La aspiración á que las naciones sean grandes y fuertes, es tal vez el mejor camino para que se estrechen en amistades más íntimas. Que sean grandes y fuertes en todo, pero sobre todo en la ciencia, y que el recuerdo de las sesiones que ahora iniciamos perdure entre los más agradables de nuestra vida.

RODOLFO RIVAROLA.